



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO
DE VILLENA

Houellebecq, poeta agitador

Michel Houellebecq (1958) es bien conocido como novelista y personaje políticamente incorrecto (¿qué personaje interesante no es políticamente incorrecto?) al menos desde que publicara su novela *Las partículas elementales* en 1998. Su defensa del *turismo sexual* y su ataque a los restos del *Mayo francés* lo hacen fluctuar entre una izquierda radical y un conservadurismo indisciplinado. Pero quienes quieran conocer bien a Houellebecq han de saber que se inició –en 1991– con una biografía/estudio sobre **Lovecraft** (*H. P. Lovecraft, contra el mundo, contra la vida*) y que hasta el año 2000, que yo sepa, fue más poeta que prosista. Anagrama acaba de editar (o reeditar, en parte) toda la poesía de Houellebecq en un tomo bilingüe que reproduce el que apareciera en Francia en 2000, como he dicho. Sin duda, para la mayoría de los lectores será una sorpresa, si bien una pequeña editorial (Acuarela, que quizás ya no existe) publicó a principios del milenio dos tomos de esta poesía y con los mismos traductores que ahora, *Renacimiento* y *Supervivencia*; pero está claro que aquellos libros tuvieron mucha menos difusión que la que ahora esperamos del tomo *Poesía* de Anagrama.

Houellebecq actuó como un buen revulsivo en el estancamiento dormido de lo que llaman en Francia «poéticas post-mallarmeanas», que se han debatido demasiados años entre la lucha contra o a favor del silencio y un intelectualismo árido. **Mallarmé** fue un magnífico poeta y, por eso, se lo dejó muy difícil a sus pupilos.

Frente a eso (y no él solo), Houellebecq inició con *La búsqueda de la felicidad* -1992- una poesía renovada, ágil, vital, existencial, muy desesperada y muy próxima, sin miedo a palabras como «paro», «picha» o «hipermercado». A menudo, en versos regulares y rimados, y otras, con poemas en prosa o verso libre (la métrica regular es lo que pudo más llamar la atención, como en parte de nuestra poesía de los 80), Houellebecq habla del mundo que le rodea y también de su desesperación al constatar –pese a hermosos crepúsculos– que la vida no es buena, ni noble ni sagrada... Houellebecq apuesta porque la mejor poesía francesa salga del invernadero y, sin merma de calidad,

Nos seduce con una poesía
bella y cercana, desesperada y
esteticista, vulgar y cuidada.
Presiente que este mundo debe
cambiar para que nos salvemos

agarre al desastre y al miedo por el cuello.

«Hace muchísimo tiempo que he perdido la alegría», leemos en un poema que se llama *Casa gris*. La cotidianidad es dulce o espantosa, el parado sufre y el corazón del hombre urbano –en ciudades sucias– es fruto del deseo de huir y de la desazón de seguir (pese a todo) viviendo. Y el sexo, el sexo sin fronteras, siempre como una promesa de liberación que tiene sus tristezas. Houellebecq nos seduce con una poesía bella y cercana, desesperada y esteticista, vulgar y cuidada, porque presiente –sus novelas lo explicitarán de otro modo– que este mundo tiene que cambiar, debe cambiar para que nos salvemos. «Dónde está la vida? ¿Dónde la muerte?». A Michel Houellebecq se le ha comparado con **Sartre** en tanto estrella intelectual mediática. Tiene otra comparación: ser inquietador, agitar las conciencias. Y en poeta.